Dios, todo el género humano proclamará de hoy en adelante, que el traidor Márquez es más culpable que el traidor López. De cualquiera manera, su expiación será terrible y espantosa.... vivirá en el futuro, pero siempre acompañado de estas palabras del Señor, que atravesarán la historia en su seguimiento:

"¡¡¡Cain, qué has hecho de tu hermano!!!"

ÚLTIMAS PALABRAS

El retardo involuntario que sufrieron la traducción é impresión de esta obra, escrita desde el mes de marzo último, dió tiempo al general Márquez para publicar un manifiesto, dirigido á la Nación Mexicana, con el objeto de justificarse de los cargos que le imputa la opinión universal, y que son los mismos que los que se le dirigen en esta obra.

El autor de esta memoria lleva la hipocresía, la falsedad y el cinismo á un grado tal, que en honor de la verdad histórica, nuestro deber es refutarlo, tarea muy sencilla de la que nos ocupamos en este momento, y que sirve de tema para un volumen especial, que publicaremos antes de mucho. Por ahora, nos ha parecido indispensable dar las siguientes explicaciones:

Márquez niega qne él sea el autor de los ase-

sinatos de Tacubaya. En apoyo de esta negativa publica la orden que había recibido de Miramón, para fusilar á los oficiales y jefes prisioneros (1). En lugar de servir de defensa al asesino la orden en cuestión, es la prueba que le condena, porque pasó por las armas á los generales, á los médicos,

---

[1] El 11 de abril de 1859, poco después de la batalla de Tacubaya, el teniente coronel Flores, ayudante de campo de Miramón, entonces presidente de la República, entregó á Márquez, que iba entrando en aquella Villa, de regreso de haber acompañado un corto trecho del camino de México á Miramón, un pliego con el carácter de muy urgente, que decía:

"General en Jefe del Ejército Nacional.—Excmo. Señor.—En la misma tarde de hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de V. E., mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de las clases de jefes y oficiales, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte. Dios y Ley. México, Abril 11 de 1859.—Miramón.—Una rúbrica.—Excmo. Sr. General de División en jefe del Ejército de Operaciones, D. Leonardo Márquez.—Tacubaya."

El general Manuel Ramírez de Arellano dice en sus *Apuntes de la Campaña de Oriente*: "A las diez y media de la mañana del día 11 de abril, las salvas de artillería, el repique de las campanas, y el entusiasmo del pueblo que victoreaba al Supremo Magistrado de la nación, anunciaron á los habitantes de la Capital su inesperado regreso.

"En estos momentos era derrotado en Tacubaya D. Santos Degollado por el primer cuerpo de ejército que mandaba el general D. Leonardo Márquez. El Presidente marchó á las lomas y *presenció la dispersión de aquellas chusmas*, regresando después á la Capital en medio de las aclamaciones del pueblo."

La orden de Miramón mandó recogerla don Benito Juá-

á los ciudadanos y aún á los obreros del Estado; atentados que dieron á estas ejecuciones el terrible aspecto que tanto indignó al sentimiento público; y la protesta de Miramón, que consignamos en la página 22 de esta obra, adquiere más fuerza y verdad que la que había recibido, por la única circunstancia de que la escribió el ilustre general después de su sentencia de muerte.

Pretende Márquez que él ganó las batallas de Ahualulco y San Joaquín, aunque Miramón era el general en jefe, y asistió á ellas; dice que este último debió la banda azul á la primera de estas batallas, y á la segunda su elevación á la presidencia. En esto, como en las setenta y tres páginas de la edición económica de que se compone el manifiesto, no hay una palabra de verdad. Desde el fondo de su sepulcro, responde Miramón con una sonrisa desdeñosa, al pensamiento de que se pueda acusarle de haber despojado de una parte de su gloria militar al mismo hombre por el que fué entregado en manos del enemigo que derramó su sangre. En cuanto á nosotros, que transferimos para una ocasión más oportuna tratar de todas estas falsedades, nos contentaremos por hoy con decir dos palabras sobre este objeto. Para ser elevado al grado de general á los vein-

rez, en 1861, del poder de la señora Luz Araujo de Márquez, madre del general Márquez. El licenciado Mariano Arrieta, juez séptimo del ramo criminal, que cumplió el mandato del gobierno, extendió testimonio autorizado del documento á dicha señora. Después el mismo gobierno le dió publicidad. [*Nota de A. P.*]

tiseis años, para ocupar el primer puesto en una República de ocho millones de habitantes, en cuyo seno desempeñan un gran papel el valor y la ambición personal; para escribir, en fin, con la punta de la espada un nombre que ha llegado á ser universal, se necesita algo más que usurpar los servicios de la rutina y de la mediocridad. Es preciso tener genio, y sobre todo, que se presenten grandes ocasiones para darlo á conocer.

En otra ocasión recordaremos á Márquez, cuántas veces le sacó Miramón de las situaciones difíciles, y terminó en una semana las campañas que no había osado emprender Márquez, entre otras las de *Guadalajara* y de *Colima*. Finalmente, no estaba el autor del manifiesto al lado de Miramón, cuando la *segunda defensa de Puebla*, en la primera sorpresa de *Toluca*, en el puerto de *Carretas*, en la *Estancia*, en *Zacatecas*, en el *Cimatario* y en las otras cincuenta batallas que fueron el pedestal de la gloria del joven presidente fusilado en el *Cerro de las Campanas*.

No es verdad que Miramón fué elevado al grado de general de división, gracias á la batalla de Ahualulco, y á la presidencia de la República, por su triunfo de San Joaquín. Todos los mexicanos, excepto Márquez, saben que por la primera de estas victorias, sólo le concedió el gobierno una cruz conmemorativa y una espada de honor, y que llegó al primer puesto de la patria, como sustituto de Zuloaga, á quien había restablecido en el poder, después de haber renunciado á la presidencia de la República, que se le ofreció

por el voto de una junta de notables. Cuando á propósito de acontecimientos públicos y contemporáneos, se osa mentir de esta manera, dejamos al buen sentido del lector el cuidado de apreciar la suma de verdades, que se pueden haber consagrado al relato de hechos secretos, que sólo han podido ser completamente conocidos del Emperador Maximiliano, de Miramón y de mí, cuyas pruebas auténticas se ignoraban por la mayor parte, y que se suponían perdidas para siempre.

Niega el general Márquez que hubiera ido á unirse á las tropas francesas en Orizaba, cuando acababan de retirarse de Puebla bajo las órdenes del general de Lorencez. Asegura que iba á embarcarse para el extranjero, que pretendiendo los republicanos detenerle en su camino, le obligaron á dar la acción de *Barranca Seca,* en la que triunfó él, y que sólo le decidieron á permanecer en México las explicaciones que le dieron en Orizaba, el general Almonte, el doctor Miranda y otros muchos mexicanos, con la convicción de que el país elegiría un gobierno enteramente mexicano. "*Ninguno, afirma, me habló entonces de monarquía, y mucho menos aún de un príncipe extranjero. Al contrario, se me aseguró que cuando llegasen á México, se convocaría á la nación para que declarase su voluntad y que se constituyese, según esta voluntad, pero siempre como gobierno mexicano. De manera que sólo estuve en la creencia de que se trataba de cambiar el que existía, con el que ninguno podía arreglarse; y cambiar la Constitución de 1857, que es la causa porque se ha derramado tanta sangre.* (*Páginas 24 y 25 del Manifiesto.*

Sin quitar aquí la calificación de *invasión*, que da Márquez á la intervención francesa, y á la pretensión que tiene de que habría podido ser víctima de un engaño, el lector debe saber que combatió por el *invasor* en San Lorenzo y en Puebla, y que después fué uno de los notables que proclamaron la monarquía y que eligieron Emperador á Maximiliano.

Esta es la verdad: el general Márquez hacía la guerra al gobierno de Juárez, como comandante en jefe de las fuerzas conservadoras y reconociendo como presidente de la República al general Zuloaga. Márquez dió al presidente una noticia falsa, asegurándole que había tomado por fuerza la plaza de Teloloapam, precisamente cuando acababa de ser arrojado de ella y obligado á levantar el sitio. Zuloaga le destituyó de su mando, y nombró al general Cobos para reemplazarlo, y éste tomo posesión de su empleo. En este estado estaban las cosas, cuando se retiró de Puebla el general de Lorencez y volvió á Orizaba. Márquez estuvo en comunicaciones con Almonte, y éste contaba con que asistirían las tropas conservadoras al ataque del 5 de Mayo, lo que no tuvo lugar, y Almonte y el padre Miranda, cuando volvieron los franceses á Orizaba, dieron á Márquez, desde Amozoc y con fecha 9 de mayo, las instrucciones para que se uniesen las fuerzas en cuestión á las del general Lorencez. Entonces sublevó Márquez las tropas de

Zuloaga, que estaban en Izúcar, y se valió de un ayudante de Cobos para engañar al general Herrán, que estaba en Atlixco con la caballería, y le hizo moverse en dirección á Orizaba.

Las fuerzas de Juárez hicieron durante esta marcha lo que debian, es decir, intentaron estorbar el paso á la caballería que iba al campo de los franceses, y habrían alcanzado su objeto, sin la llegada del 99 de línea, que á las órdenes del comandante Léfèvre, llegó á *Barranca Seca* y decidió la victoria en favor de Márquez, que dió parte oficialmente al general Almonte, del triunfo alcanzado, gracias á los auxilios que pidió á los *invasores*.

Para rendir homenaje á la verdad, diremos que la acción de *Barranca Seca* estuvo dirigida en realidad por el general Herrán, recomendado en esta ocasión por su valor en el parte respectivo que dió Márquez el 23 de mayo de 1862.

Los generales Zuloaga, Cobos y Benavides, abandonados por sus tropas, prosiguieron su marcha con la infantería hasta Orizaba, y pasaron de esta ciudad á Veracruz, donde se embarcaron para la Habana. Cada uno de los dos primeros publicó un manifiesto en la isla de Cuba, refiriendo los principales hechos que hemos relatado á propósito del modo con que se unió Márquez á la intervención francesa, y calificando de traidor al hombre que arrastra así á su patria por el camino fatal que debía terminar en Querétaro.

En la época de estos acontecimientos, el *Boletín* del ejército mexicano que se publicaba en

Orizaba y que naturalmente recibía sus inspiraciones del gobierno del general Almonte, explicó el 28 de junio por qué causa no concurrieron las tropas conservadoras al ataque del 5 de mayo, y el modo con que se unieron por fin á la intervención. Entonces no se atrevió Márquez á contestar una sola palabra á los generales Zuloaga y Cobos, ni al *Boletín* del ejército; pero después de seis años ha creído poder negar la veracidad de hechos universalmente conocidos.

Cuando publiquemos la refutación del manifiesto del general Márquez, publicaremos igualmente los documentos oficiales á que hemos hecho alusión. Por ahora nos basta apelar al honor de los generales de Lorencez, Almonte, Zuloaga y Herrán, invitándoles á que nos desmientan públicamente, en el caso en que hayamos alterado en algo la verdad. En lo que concierne á la audaz negativa de Márquez, con objeto de la conducta que observó con la intervención francesa y de la calificación que la da hoy, tratándola de *invasión*, cuando fué el primero en unirse á ella, arrastrando consigo al ejército y á la mayoría de los mexicanos, se debe encontrar la prueba palpable de que con esta conducta traicionó á su patria del mismo modo que traicionó al Imperio, cuando su caída. Este hombre merece, pues, la calificación de traidor, con la que los juaristas designan injustamente á sus enemigos políticos. Los mexicanos que trabajaron en Europa para que se restaurara la monarquía en la patria de Iturbide; los que, como nosotros, aceptaron la

intervención francesa, cuando fué un hecho consumado y sostuvieron lealmente el Imperio, no tienen en efecto por qué avergonzarse de su conducta, aunque el resultado que se obtuvo haya fallido todas las promesas y engañado todas las esperanzas.

La intervención de un país, en los negocios de otro país, considerada desde el punto de vista teórico, es un atentado contra el derecho de gentes; pero es lógica, es conveniente, cuando se trata de un pueblo devorado por la anarquía y amenazado de muerte por un vecino poderoso, que le ha despojado ya de más de la mitad de su antiguo territorio; por un enemigo que cuenta con la alianza de una facción llamada impropiamente *liberal;* era patriótico que los buenos mexicanos aceptasen el único y último remedio de todos los que se han empleado para conquistar la salvación nacional. En cuanto á nosotros que salvamos providencialmente de la ruina del Imperio de Maximiliano, causada por la traición del general Márquez, diremos siempre en alta voz, que aceptamos la intervención francesa, porque era imposible preveer sus fatales resultados, y que cuando cambió el Emperador la funesta política de su gobierno, lo sostuvimos, combatiendo con toda la energía de nuestro carácter y con todas nuestras facultades, contra el enemigo, que sólo le venció ayudado por dos traidores. Al hablar de este modo, estoy en el destierro sin más fortuna que una conciencia tranquila, proscripto de mi familia, so pena de muerte en mi patria por la

facción que la domina y aún sin conservar la dulce esperanza de que pueda escapar México á los horribles males que le devoran. El general Márquez, ignorando que el Emperador Maximiliano tuvo cuidado de hacer constar, por la voz autorizada de los generales comandante en jefe de las tres armas del ejército y del jefe de su estado mayor, que este personaje creó la situación por la que sucumbieron los defensores de Querétaro y que les perdió por no desempeñar la comisión que se le encargó de ir á México, para llevar un ejército auxiliar, dice que no dejó por esta comisión la plaza sitiada; sino, muy al contrario, por la de conservar la capital. Suponiendo, como los diarios de México, que la copia de la carta sin firma que dirigimos el 11 de abril al Emperador, en compañía de Miramón, fué firmada también por otras personas, dice que los generales que propusieron á Maximiliano su salida de la plaza, con el objeto de obligarle á auxiliar á Querétaro, ignoraban ó habían olvidado las verdaderas instrucciones que recibiera.

Los comandantes de infantería y artillería, los dos generales que dirigían la defensa de la plaza, es decir, Miramón y nosotros que eramos miembro y secretario del consejo de guerra, y representamos, el 20 de marzo, al Emperador en el seno de ese consejo, para informar á sus otros miembros de las opiniones emitidas á Maximiliano, y que conservamos las actas originales, redactadas por nosotros y firmadas por el consejo, no ignoramos, ni hemos olvidado las instrucciones

y la comisión dadas al general traidor, que derribó el Imperio para ejercer la más cruel de las venganzas; y precisamente por esta razón propusimos al Emperador el remedio oportuno para todos los males que auguraba el retardo del hombre en cuyas manos estaba la salvación común.

Con el fin de sostener sus mentiras, reproduce Márquez párrafos truncados de las cartas de Maximiliano, sistema muy cómodo para hacer decir ordinariamente á todo el mundo lo contrario de lo que se ha escrito; mutila igualmente diversos documentos oficiales, y funda en fin su principal argumento, en el cambio de fecha del decreto que le nombraba Regente del Imperio, ejecutado con intención y en la forma que vamos á explicar:

Cuando el 10 de marzo resolvió el consejo de los generales, que después de esperar dos dias la llegada á Querétaro del general Olvera, el ejército imperial tomaría la ofensiva contra los republicanos, Maximiliano quiso evitar las consecuencias de la falta de gobierno, en el caso de que muriese en la campaña, y el día 11 del mismo mes nombró una regencia, compuesta del presidente del consejo de ministros Lares, del presidente del consejo de estado Lacunza, y del general Márquez (1). Maximiliano firmó este de-

[1] No sabemos si cuando publicaron los republicanos este decreto, se cometió la falta de impresión de reemplazar la fecha del 11 de marzo por la del 11 de mayo; pero el general Márquez conoce tan bien como nosotros la fecha de ese documento, inspirado á Maximiliano, como todos los demás, por el mismo que le engañaba sin cesar.

creto en el Cerro de las Campanas y lo refrendó el Ministro García Aguirre, que reside actualmente en Madrid.

El día siguiente, es decir, el 12 de marzo, Maximiliano firmó igualmente su abdicación en el Cerro de las Campanas, para el caso de que se le hiciese prisionero.

Destituidos los ministros Lares y Marín, á consecuencia de las intrigas de Márquez, el 20 de marzo se nombró presidente del gabinete á Vidaurri, y fué necesario modificar igualmente la Regencia. Entonces firmó Maximiliano un nuevo decreto, nombrando miembro de la Regencia á Vidaurri, en lugar de Lares, y dejando á Márquez y Lacunza. El Emperador firmó este nuevo nombramiento el mismo día 20, en el cuartel general de la Cruz, de Querétaro, y lo refrendó igualmente el ministro García Aguirre.

Cuando se vendió la plaza, los papeles de Maximiliano cayeron en poder de los republicanos, y estos publicaron los decretos acompañados del certificado del fiscal del proceso Aspiroz, hoy subsecretario de negocios extranjeros; y estos documentos sirvieron para acusar al Emperador, de que tenía deseo de prolongar la guerra civil aún en el caso de prisión ó muerte. Los defensores Ortega y Vázquez declararon, en nombre del ilus-

Ante los tribunales y ante la opinión pública, tanto merece el título de falsario el que se sirve de documentos falsos, como el que los ha falsificado. Al recordar esta acción vergonzosa, no podemos menos que dar este nombre al general Márquez.

tre acusado, que se había firmado la abdicación, previendo los dos casos, que se había entregado á Márquez para que la hiciese llegar á manos del presidente del consejo de estado, y que debía haberse publicado; lo que no se verificó y comprometió más y más la situación de Maximiliano.

Cree el general Márquez que después de la muerte del Emperador, puede decir y hacer todo lo que juzgue conveniente para su justificación; cambia la fecha 11 de marzo por la de 11 de mayo, que fué por casualidad el día en que Maximiliano, Miramón, Castillo y nosotros discutimos la relación que habíamos redactado el día anterior sobre la situación de la defensa de Querétaro; refutando al barón de Lago, invoca el siguiente argumento: "*Si el 11 de mayo, es decir, cuatro días antes de la pérdida de la plaza, me nombraba Regente el Emperador, por la segunda vez, ¿cómo pudo designarme á los ministros extranjeros como el mayor traidor?*" Tanto cinismo y mala fé excitan verdaderamente la mayor indignación. Sin embargo, semejante causa y el nombre, cuyo honor se trataba de defender, son dignos de estos medios de defensa.

Afortunadamente la previsión del Emperador legó la prueba solemne de la traición, que ha adquirido nuevo valor por el audaz mentís del hombre sobre quien debe recaer la responsabilidad de la caida del Imperio Mexicano. La opinión y la historia sabrán muy bien en qué parte han de buscar la verdad: entre el testimonio de los cuatro primeros generales del ejército, que refieren los

hechos por orden de Maximiliano, y el de un traidor á su Soberano y á su patria.

Terminaremos por ahora llamando la atención sobre esta circunstancia: que, no satisfecho el general Márquez con su traición, ha querido presentarse al mundo como falsario, según acabamos de demostrar.

Después de la publicación de este libro, se pondrán á ruda prueba la justicia de Francia y el renombre de la Legión de Honor. En efecto, tendrán que sentenciar entre la rehabilitación de López y la degradación de Márquez. Yo, que tengo el orgullo de llevar en el pecho la gloriosa insignia del honor y que, para conservarla con toda su pureza, he hecho grandes y costosos sacrificios, cuando la caída del Imperio, sirviendo con toda la abnegación posible á un gobierno que en sus días de prosperidad nos había colmado de ingratitudes y persecuciones, debidas á la venganza, estoy intimamente convencido de que el Emperador Napoleón, sus ministros, el senado, el cuerpo legislativo, el consejo imperial de la orden, la prensa y el sentimiento nacional de Francia, se indignarán por nuestras revelaciones y harán que la orden de la Legión de Honor, la primera de las órdenes del mundo, no abrigue por más tiempo en su seno á un traidor y falsario.

DICIEMBRE 30 DE 1868.